

Hattie en el desván

Un libro de lectura de Reading A-Z • Nivel O

Número de palabras: 1,110

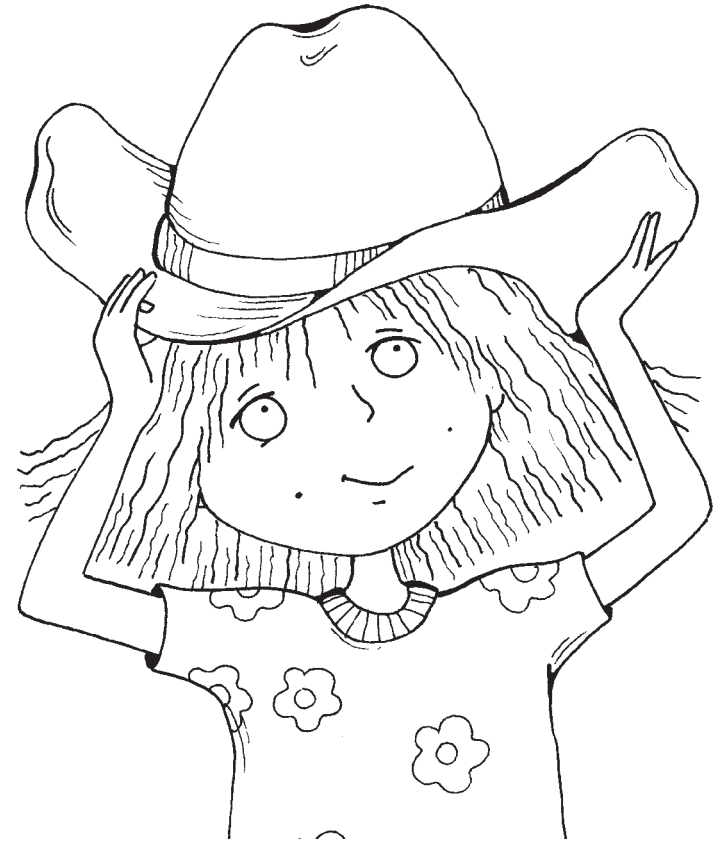


Reading a-z

Visite www.readinga-z.com
para obtener miles de libros y materiales.

LECTURA • O

Hattie en el desván

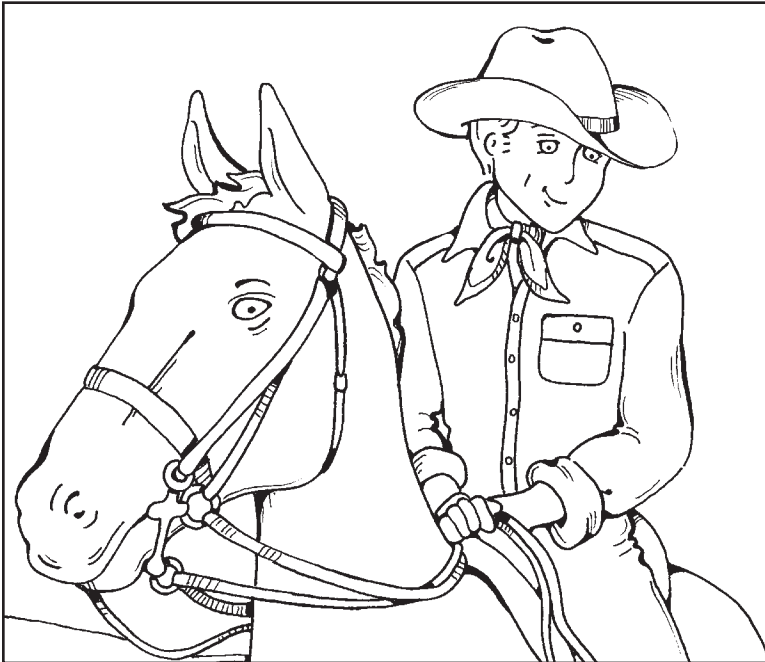


Escrito por Stephen Cosgrove
Ilustrado por Carolyn LaPorte

www.readinga-z.com

Hattie en el desván

Un cuento del diario de Hattie MacGruder



Escrito por Stephen Cosgrove
Ilustrado por Carolyn LaPorte

www.readinga-z.com

Hattie en el desván
(Hattie in the Attic)
Un libro de lectura Nivel O
© 2002 Stephen Cosgrove
Escrito por Stephen Cosgrove
Ilustrado por Carolyn LaPorte
Traducido por Lidia Strong

Todos los derechos reservados.

www.readinga-z.com

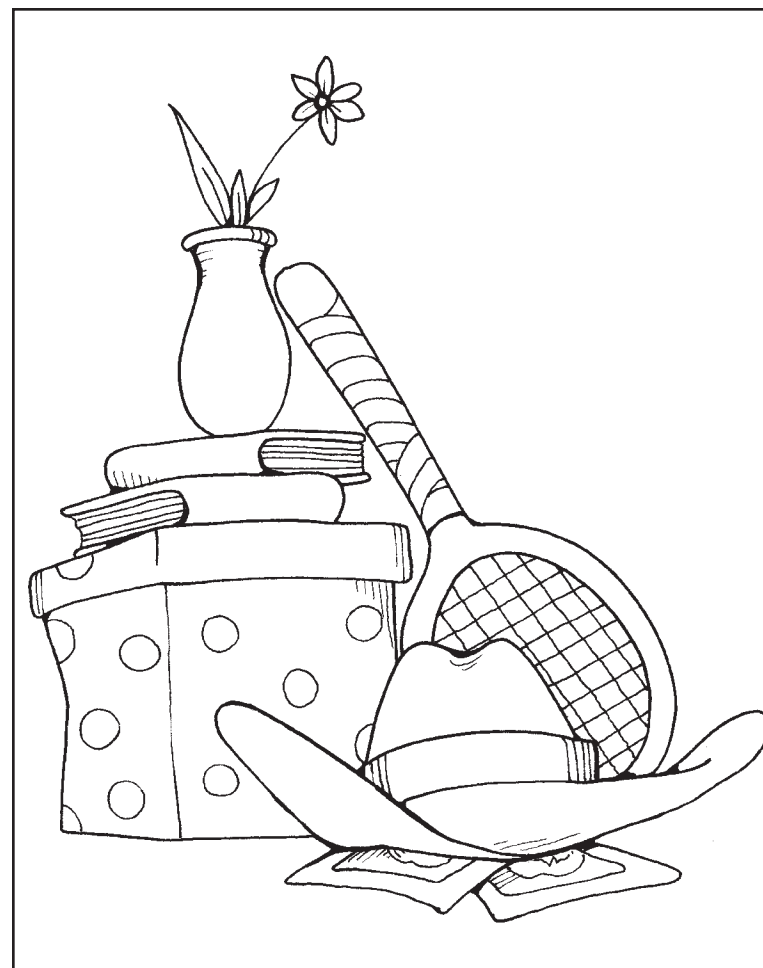


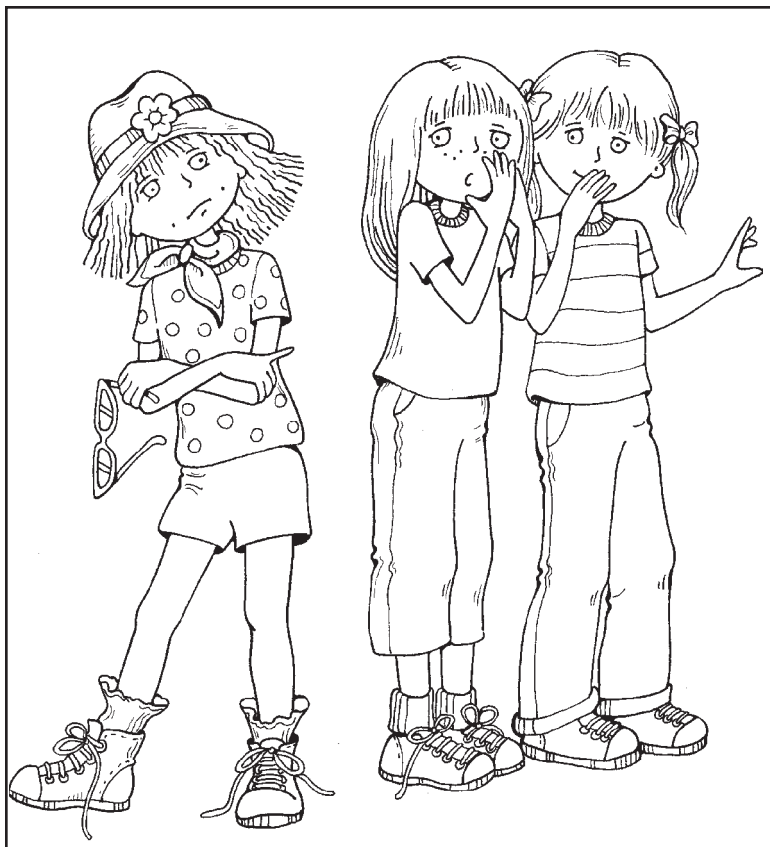
Mi nombre es Hattie MacGruder y yo soy especial.

Al menos eso es lo que mi abuelita Nettie dice. Yo me pasé dos semanas con ella este verano. Yo no quería ir, pero cuando regresé estaba alegre de haber ido.

El último día que estuve allá, encontré un sombrero en el desván de mi abuelita. Era un sombrero mágico.

No estoy inventando eso. ¡De veras era mágico!





Cuando regresé les dije a mis amigas Sybil y Sarah lo que había pasado pero ellas dijeron que yo estaba mintiendo. Bueno, yo no estaba mintiendo, y ellas son mentirosas y embusteras y contadoras de cuentos que no son verdad.

Tengo prueba de que el sombrero era mágico. La prueba está en mi diario.

Nota especial:

No los voy a dejar leer que Eric Ledbetter le escribió una nota de amor a Sarah. Aunque ella es una mentirosa y una embustera y una contadora de cuentos que no son verdad, a Sarah le daría mucha vergüenza si alguien supiera que Eric había escrito la nota de amor. Ni siquiera ella se merece eso.



Diario, Día 14

Sarah, Sybil y yo teníamos nuestro verano todo planeado. Pero mamá, quien probablemente nunca ha tenido vacaciones de verano, me dijo esta noche que yo tengo que ir a casa de abuelita Nettie por dos semanas.

¿Dos semanas? Igual fueran dos años.



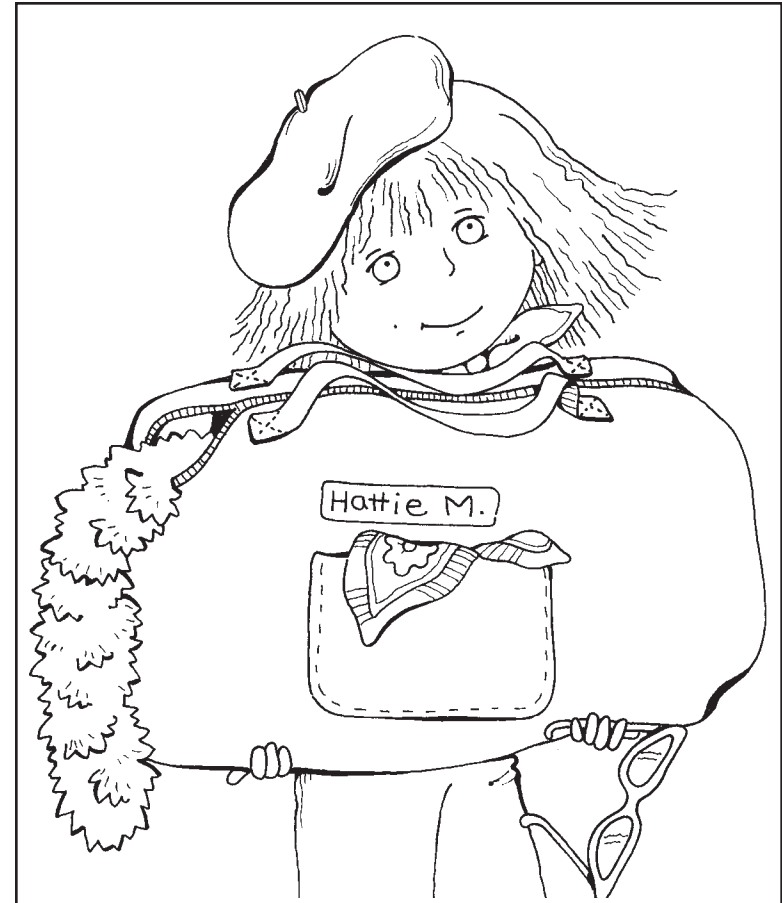
El verano completo se va a acabar. Sarah y Sybil estarán casadas y tendrán hijos antes de que yo vuelva.

No quiero ir.

Mamá, quien probablemente nunca ha tenido vacaciones de verano, entró hace un momento y me dijo que me durmiera.

—¡Vas a tener un gran día mañana, querida! —dijo con voz ronca.

¡No creo! Luego escribiré más.



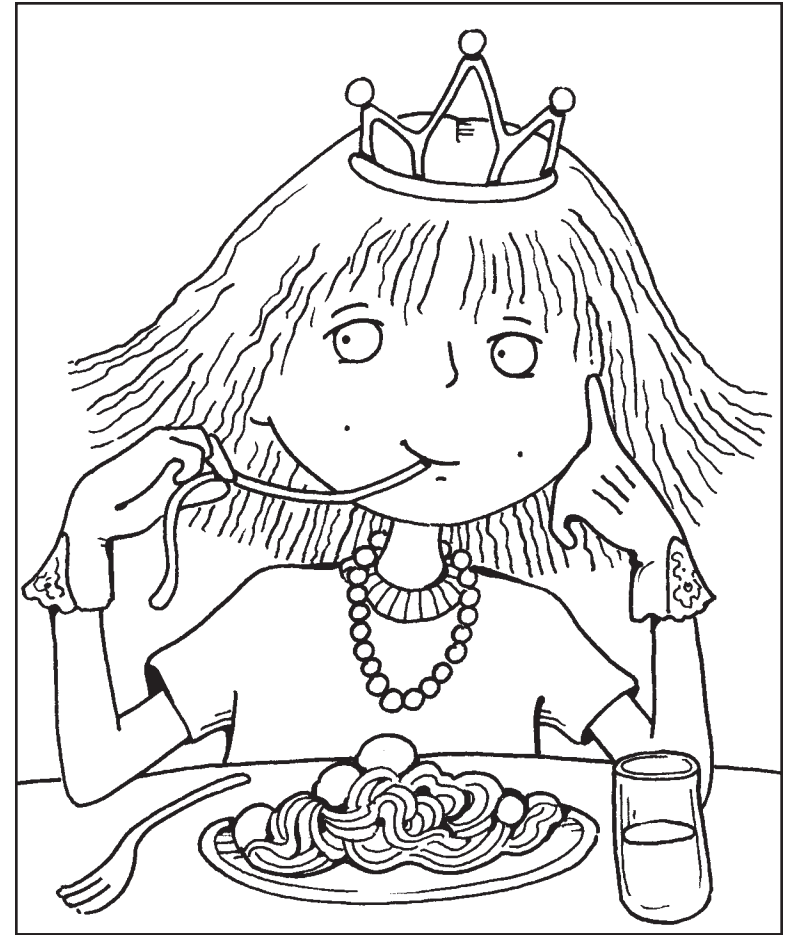
Diario, Día 28 (luego . . . mucho más luego)

¡Estoy de vuelta!

Bueno, sí se me olvidó mi diario. ¡También se me olvidó empacar mi cepillo de dientes!

Las dos semanas pasaron bien rápido.

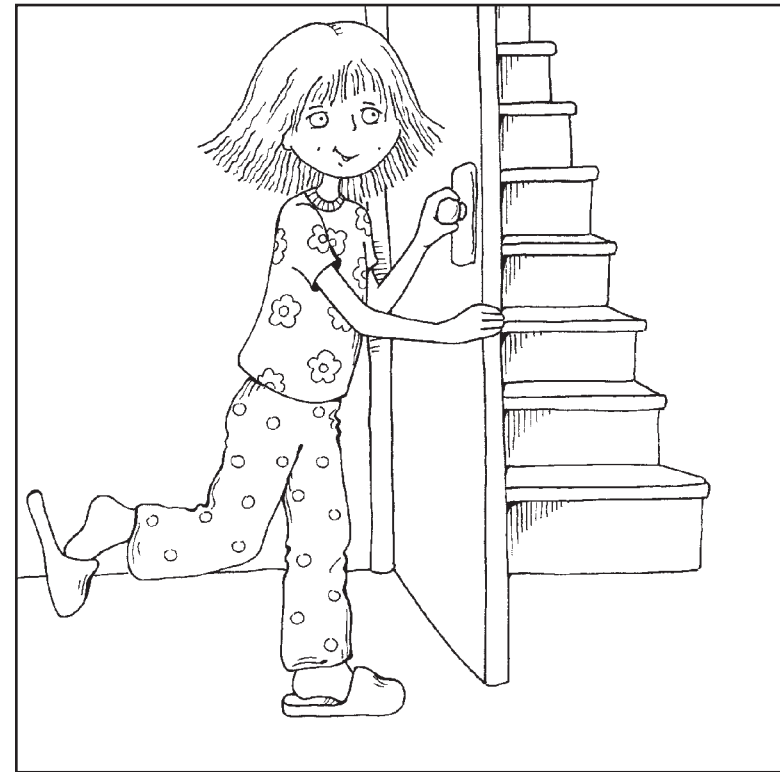
La última noche antes de que yo volviera a casa en avión, abuelita Nettie cocinó una comida especial, y yo puse la mesa. Mi abuelito se murió cuando yo tenía tres años pero abuelita Nettie siempre pone un plato para él.



Yo no me acuerdo de abuelito muy bien, pero a él le encantaban los caballos y tenía su propio caballo. Le encantaba ponerse sus chaparreras y su sombrero de vaquero. Abuelita me dijo que él me llevó a montar en su caballo una vez. Yo me acuerdo de eso más o menos, pero no muy bien.

Después de la comida fuimos a la sala y las dos nos pusimos a leer. Abuelita Nettie se durmió después de solamente leer dos páginas de su libro.

Yo me debo haber dormido también, porque me desperté con mi nariz aplastada contra la página 34, la misma página donde una niña estúpida tiene tanto miedo que se cubre la cabeza con sus cobijas, como si eso la fuera a salvar.



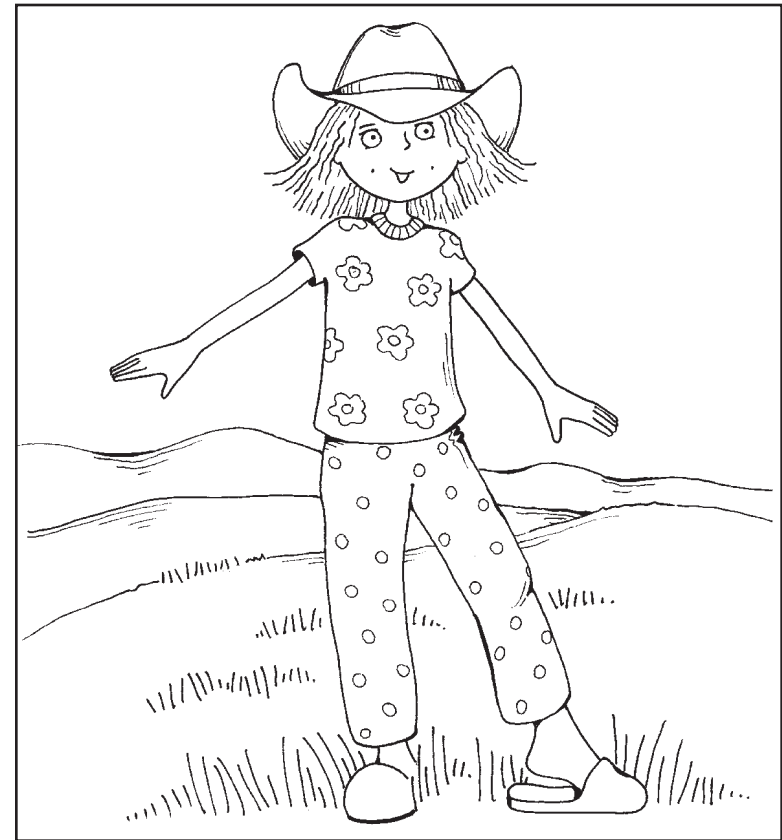
Abuelita Nettie estaba profundamente dormida en su silla, así que yo empecé a merodear. Abuelita le dice a esto, “meterse en líos”. Yo lo llamo merodear. Entonces fue que subí al desván.

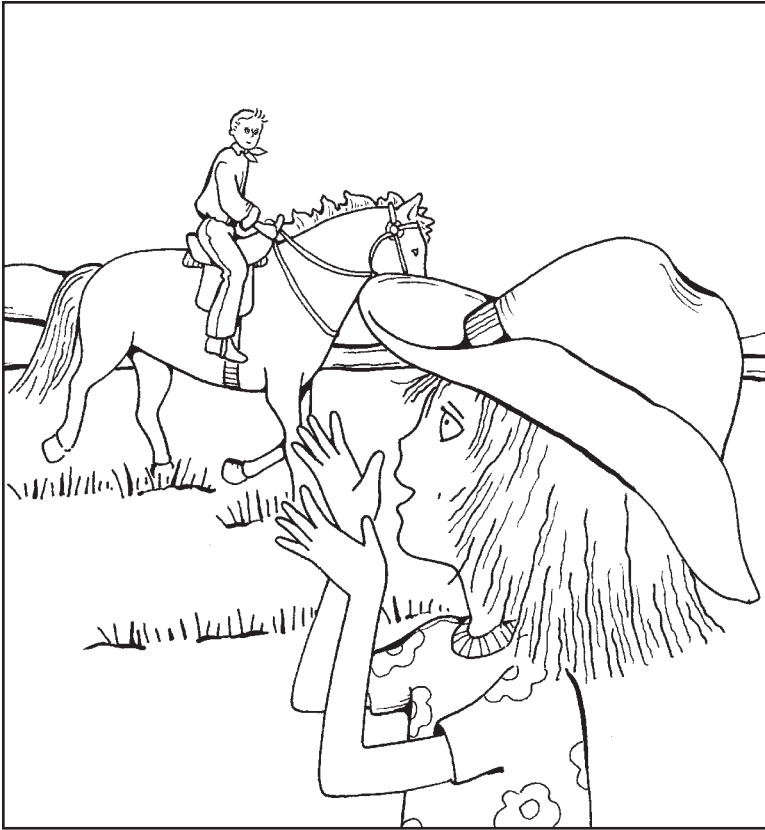
En todas las veces que yo he ido a casa de abuelita, nunca he subido al desván. Quizás yo pensaba que la puerta era solamente un armario.

Subí las escaleras. Era verdaderamente espeluznante, igual que el libro que había estado leyendo, pero yo no tenía nada de miedo. El desván estaba vacío aparte de un sombrero de vaquero manchado de sudor que estaba tirado allí en el medio del piso. No sé por qué lo hice pero me puse el sombrero.



Ahora, ésta es la parte difícil de creer, pero de pronto yo ya no estaba en el desván. Estaba parada en medio de un prado cubierto de césped. Oí el sonido de los cascos de un caballo y di la vuelta. Un hombre con un pañuelo rojo atado alrededor de su cuello cabalgó hacia mí. Su pelo volaba hacia atrás y él tenía una gran sonrisa en su cara.





El caballo era tan hermoso. Era dorado y tenía las crines y cola doradas. Corría con su cabeza erguida y su cola chasqueando en el viento.

El hombre cabalgó directo a donde estaba yo y se paró con un resbalón. El caballo movía sus patas como si quisiera correr más. El hombre me miró a mí y como si eso fuera posible, su sonrisa pareció ponerse más resplandeciente.

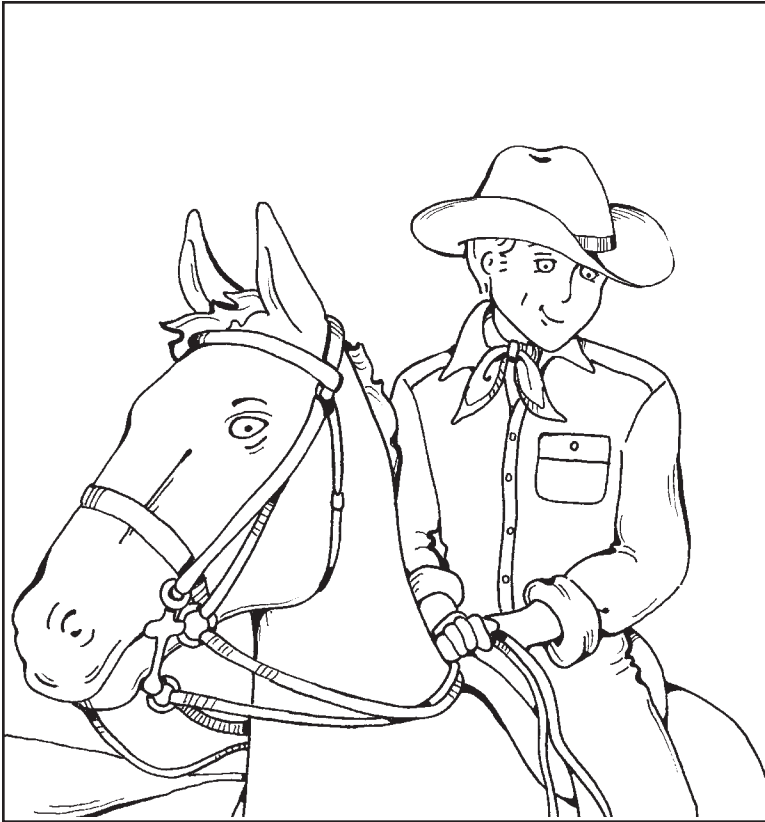
—Hola —dijo él—. Tú debes ser Hattie. Has crecido mucho.

Yo no dije nada. Tenía un nudo en la garganta.

El hombre se rió. No era una risa cruel, sino una risa profunda y alegre que me hizo sentir muy bien.

—¿Sabes? —dijo él—. Verdad que me sería útil tu sombrero



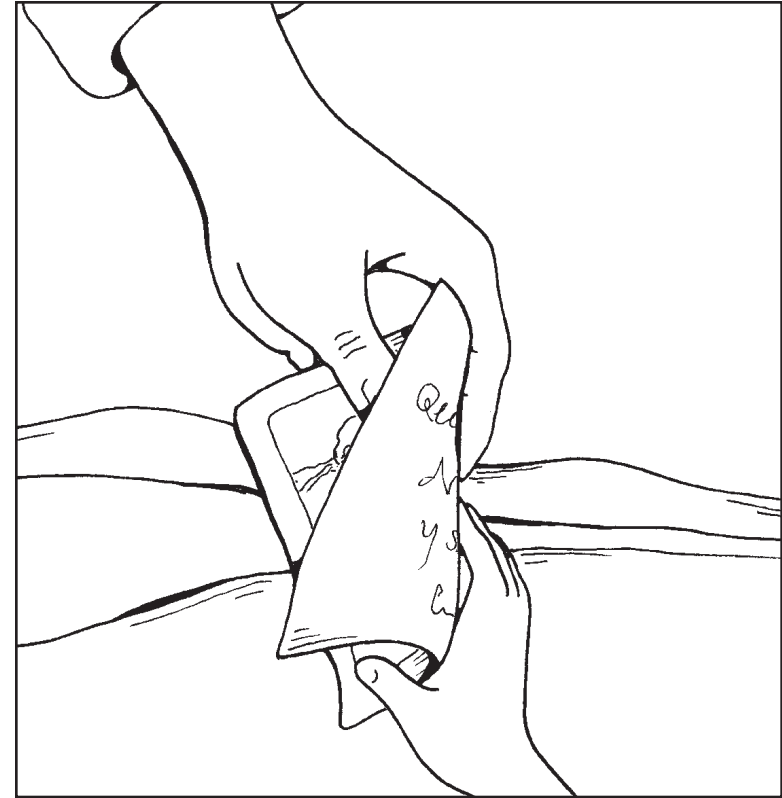


Con eso alargó su mano y lo cogió.

—Éste me vendrá muy bien —dijo él mientras se lo ponía—. Mira, te hago un cambio.

Se quitó el pañuelo de su cuello, se agachó y lo ató alrededor de mi cuello.

—No es mucho —dijo—, pero cuando te lo pongas, nunca me olvidarás.



Le dio vuelta a su caballo, listo para irse cabalgando, pero se detuvo. Entonces metió la mano en el bolsillo de su camisa y sacó un retrato.

—Dale esto a tu abuelita. Dile que tiene una nota en la parte de atrás.

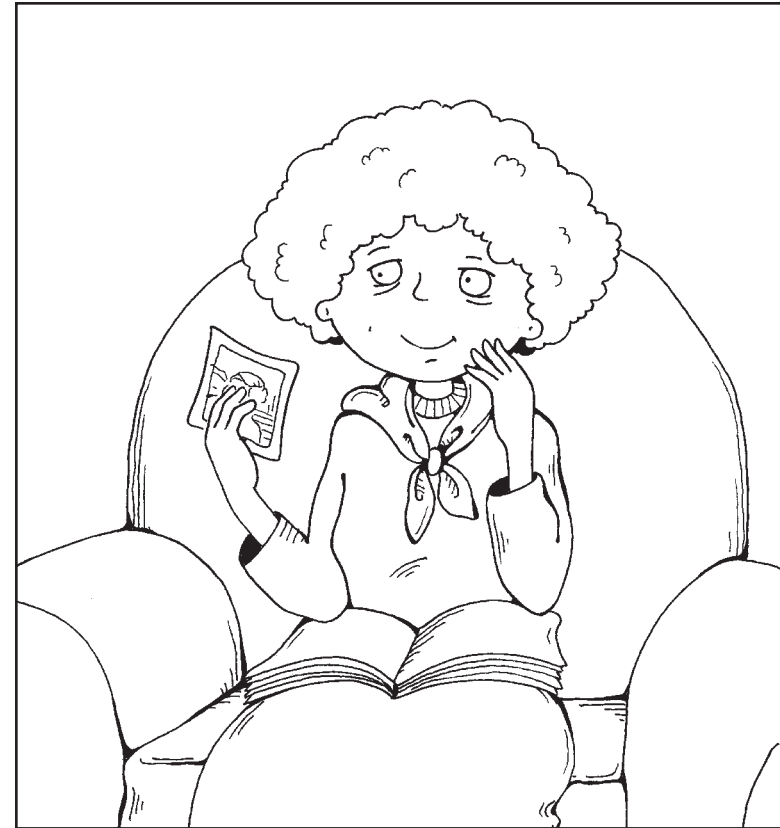
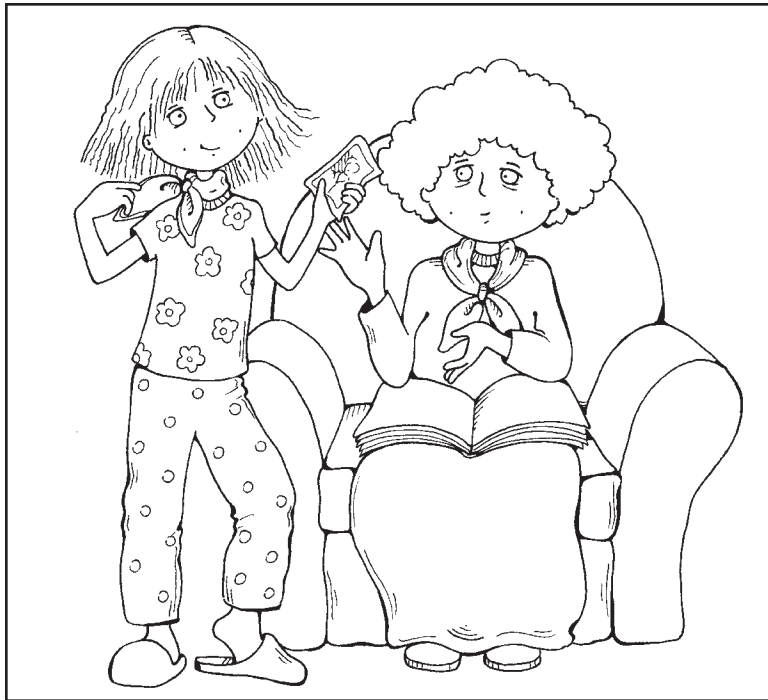
Apretó sus piernas y el caballo saltó al galope. Así de rápido, ¡desapareció!

Y así de rápido, me desperté sentada en el sofá con mi libro tirado en mi regazo.

Mi abuelita se despertó sobresaltada. Miró a donde estaba yo, sonriendo, y entonces sus ojos se pusieron bien grandes.

—¿Dónde encontraste ese pañuelo? —me preguntó.

Alcé mi mano y agarré los extremos de un pañuelo rojo que estaba atado alrededor de mi cuello.



Fue entonces que noté que yo tenía un retrato apretado en mi mano derecha. Lo desdoblé. El retrato era de un hombre guapo montado a caballo. Tragué en seco y se lo di a mi abuelita, quien tenía grandes lágrimas en sus ojos.

Casi no se podía ver la escritura en la parte de atrás, que decía: “Te quiero Nettie. Siempre te he querido y siempre te querré.”

Bueno, ahora estoy de vuelta y me pongo el pañuelo todos los días para no olvidarme.

Sarah y Sybil no creen mi historia. Pero, ¿a quién le importa? Ellas son mentirosas y embusteras y contadoras de cuentos que no son verdad.

¡Mi diario lo prueba!



Además, la semana que viene vamos a ir a nuestro tercer picnic anual de regreso a la escuela. Este año no va a ser en mi patio. Vamos a hacer un picnic de verdad en un parque.

Con cariño, Hattie MacGruder